

Infancia, Desarrollo y Madurez de la Filosofía Griega

Por HERNAN JIMENEZ ARANGO

Hernán Jiménez Arango es un muchacho de 18 años, estudiante en el Seminario Conciliar de Bogotá. Por la claridad del concepto y la fluidez del estilo, dos máximas condiciones del escritor en madurez, visibles precozmente en este ensayo de vulgarización, se advierte el pensamiento lógico que aprendió el autor en los clásicos griegos. Este rápido atisbo de filosofía, simple tarea escolar, nos lo envió el doctor Javier Arango Ferrer por conducto del doctor Abel Naranjo Villegas, a espaldas de su autor, en quien vemos apuntar la herencia que le viene por sus dos apellidos, del doctor Jiménez López, su padre, y el doctor Dionisio Arango, su abuelo materno. Nosotros lo publicamos por su valor intrínseco como indicio de la nueva prosa colombiana definitivamente redimida de la ampulosa oratoria.

En una de sus inmortales tragedias Sófocles nos presenta un cuadro muestra los datos conocidos por el empresario y que éste obtendría; el que no respondiera acertadamente al enigma de la Esfinge, perecería irremisiblemente en sus garras de león. Al fin, Edipo libró a la ciudad de aquel espanto, y el monstruo que destrozaba a los viajeros si no contestaban "hombre" a su artificiosa pregunta, se mató de desesperación.

Aquí también, a esta metamorfosis que se nos presenta bajo el aspecto de historia de unas ideas, podríamos contestar: "hombre". Tengamos en cuenta, sin embargo, que no podemos limitar el desa-

Madurez de la Filosofía Griega

rollo de una ideología, a una comparación más o menos exacta, ya que "la historia de la filosofía es la historia de las evoluciones del espíritu humano en su porción más activa, más agitada, más libre". (1).

Principia la filosofía griega a dar señales de su nacimiento. No parece que una región entregada al comercio marítimo y dedicada al crecimiento material como era la Jonia del año 600 A. C. vaya a ser cuna del pensamiento humano; tal vez remotos atavismos de los aqueos, los que usaron el hierro, o el contacto, más bien comercial que cultural, con las antiguas civilizaciones del Asia Menor, o las noticias que de trinitades y de éxtasis llegaban desde las misteriosas regiones de la India, determinaron la aparición de las primeras señales de filosofía en el mundo helénico; no es posible, sin embargo, determinar con precisión la causa de este movimiento decisivo.

Dejemos que pase un tiempo y coloquémonos en el año 550; por entonces cada región importante de Grecia brillaba por un hombre notable: Priene, Rodas, Lacedemonia, Corinto, Mitilene, Atenas y Mileto, cada una tenía su sabio. Del que más noticias nos quedan y cuyo estudio aquí más nos interesa, es el de Mileto; su nombre era Tales.

Con Tales, el pensamiento griego cumple cinco años; llega al uso de la razón; durante el tiempo anterior había solamente gateado, había sido el débil animal que en la pregunta de la Esfinge "por la mañana anda sobre cuatro patas". El interés racional de la infancia es la intuición, la explicación arbitraria y sin raciocinio; sus juicios son concisos y absolutos y su razón rehuye el análisis como tarea penosa y difícil, para colocar sus ideas por encima de las hasta entonces admitidas. La infancia de la filosofía griega la representa la Escuela Jónica: Tales, Anaximandro y Anaximenes, detenidos en la observación del mundo visible y atentos a los datos de los sentidos acomodaron la idea de la unidad a concepciones arbitrarias, frutos de una vida consumida en el estudio.

A medida que pasa el tiempo, evoluciona la filosofía y crece con el mismo crecimiento de un niño; veamos sus representantes y sus doctrinas, y observaremos en unos y otras el desarrollo armónico de un cuerpo dotado de razón destinado a llegar a las más altas cumbres de la sabiduría y a ser tenido, con mérito, en los veinticinco siglos que de entonces se han sucedido, como el ejemplo más valioso del esfuerzo humano en el adelanto de la sola razón.

El filósofo siguiente, que por sí solo podría ser estudiado, como se estudia una escuela, también era jónico, de Efeso: Heráclito; marca un nuevo aspecto en la filosofía y da un paso gigantesco para llegar a los primeros límites de la metafísica; a través de su vida y de sus escritos descubrimos un hombre extravagante dotado

(1) Jaime Luciano Balmes. Historia de la Filosofía. Prólogo.

HERNAN JIMENEZ ARANGO

de gran talento metafísico: enterrarse en un estercolero y morir de sus efectos, le tenía que suceder por haberse ido al monte huyendo de sus amigos y haber adquirido allí una hidropesía de la que quería curarse con un remedio tan sumamente raro. Si con los primeros representantes de la Escuela Jónica hemos dado cinco años al pensamiento antiguo, con éste podemos hacerlo avanzar en su lento crecimiento; Heráclito es la extravagancia de los ocho años; tal vez hayan ayudado a formarle este carácter las turbaciones políticas de su tiempo, cuando la dominación del rey Darío se extendió hasta la Jonia y castigó con dura severidad las ciudades rebeldes al despotismo de sus sátrapas, o el dolor de ver a su patria sometida a fuerzas materiales poderosas, destructoras de toda cultura y desprovistas de todo auténtico valor humano. Este filósofo, animado por un desprecio olímpico hacia la innoble religión de su pueblo, hacia la incapacidad de los políticos, en una palabra, hacia todo lo vulgar, establece lo que podríamos llamar "filosofía de la paradoja" y con ella salva un espacio inconmensurable: el que media entre los estudios cosmológicos de los jónicos y las preocupaciones metafísicas de los filósofos posteriores.

De ahora en adelante vemos cómo el centro del pensamiento se desplaza de Jonia, invadida y destruida por los persas, y pasa a la Magna Grecia, colonia griega de Italia, en donde adquiere visiones más profundas. La destrucción trajo consigo la decadencia espiritual.

Ya en la escuela siguiente, de los Pitagóricos, es más metafísica su concepción cuando ponen como constitutivo de la materia no otra materia, sino la unidad, principio inmaterial con que todo querían explicarlo. Es un nuevo esfuerzo y un nuevo crecimiento de ese cuerpo de doctrina cuyo desarrollo hemos venido considerando con atención.

A fines del siglo sexto vagaba por las ciudades de Italia un viejo rapsoda: en sus cantos mezclaba algo de ironía y algo de impiedad que escandalizaba a sus crédulos oyentes. Máximas como: "si los caballos entendieran crearían dioses caballos", no podían menos de aterrar a un pueblo tan místico como el griego; era Jenófanes, el Gran Contradictor, fundador de la Escuela de Elea, también en la Magna Grecia, y considerado como iniciador de una Teología elemental, porque tomando la "unidad" de Pitágoras la espiritualizó y le atribuyó sentidos y entendimiento.

Pero el representante característico de la Escuela Eleática es Parménides. Al estudiarlo nos acordamos de esa pequeña tragedia de todos los hogares: el niño que está en la edad de la repelencia. Nuestro filósofo, pues, es el niño criticón e incrédulo, desdeñoso al colocar a los Jónicos entre la pleble intelectual, ufano al numerarse entre la aristocracia de la inteligencia, porque al contrario de ellos desechaba el testimonio de los sentidos. Por una actitud reaccionaria contra Heráclito negó el movimiento: era la consecuencia de temerse en frente de una opinión tan extremada y la críti-

Madurez de la Filosofía Griega

ca sabia, aunque exagerada, de una doctrina recibida por la generalidad de los hombres sin reparos de ninguna clase. Para él el Universo era un todo colmado donde no había posibilidad de tránsito de un estado a otro; y ay! del que apelara a lo que le dicen los sentidos para asegurar lo contrario, porque quedaba calificado como los pobres Jónicos, de plebeyo en el campo de la inteligencia.

La labor de crítica la prosigue la Escuela Atómica. Leucipo su fundador, fue un bruto tardío de la cultura jónica. Tal vez habiendo leído las obras del hindú Kanada estableció como fórmula original el Atomismo, pero cubriéndolo con una vistosa capa materialista que hiciera más sugestivo su tema. Demócrito, continuador y representante principal de esta tendencia, ordenó, sintetizó y dio aspecto científico a las enseñanzas de su maestro, adquiriendo desde entonces el mecanismo una función preponderante en la estructura general de la filosofía.

En tanto que las ciudades de la Magna Grecia se ufanaban, Crotona, con sus pitagóricos y Elea con sus eleáticos, la otra Grecia vencía a los medos, se apoderaba de la Jonia y ponía como centro indiscutible de la cultura a su capital, Atenas. Desde entonces empieza esta ciudad a tener el predominio del pensamiento y las más de las doctrinas se acogen a la bienhechora protección de la ciudad más culta del mundo antiguo.

Es el momento en que sintiéndose el hombre con una personalidad más definida no resiste los reclamos de su soberbia y se erige en objeto y fin de todas las investigaciones. Es la representación de esa edad tan conocida y experimentada en que cree el hombre que todo gira al rededor de sí y se siente convertido en el centro de un movimiento que juzga debido a sí mismo; es en una palabra, la edad del "yo", la edad egoísta; vemos a la filosofía griega en estas vicisitudes, a fines del siglo V, bajo el aspecto del Sofismo. La frase de Protágoras, sofista muy importante, nos da una idea clara de las preocupaciones de esta escuela: "El hombre es medida de todas las cosas: de las que son en cuanto son, de las que no son en cuanto no son". Así nos explicamos que su famoso discípulo Gorgias, el de los diálogos platónicos, llegara a negar la existencia de las cosas y que el cinismo político y el virtuosismo dialéctico fueron frutos inmediatos de esta tendencia.

Hemos visto aquí cómo es verdadera la adivinanza de la Esfinge. Una vez que la filosofía griega adquirió un pequeño desarrollo fue presentando todas las características espirituales de un niño: así la hemos considerado en las primeras escuelas bajo el aspecto de un pequeño preguntón y en las siguientes bajo el de un niño crítico; después, cuando joven, es egoísta; son las actitudes propias de cada edad.

Con esta labor de crítica la humanidad ha adquirido un gran desarrollo. Por eso al considerarla ahora de nuevo, nos asombramos de su crecimiento y nos ocurre la imagen de esas corrientes cuyas lejanas fuentes, a medida que corren, van aumentándose por

HERNAN JIMENEZ ARANGO

las múltiples aguas dispersas que recogen hasta formar cauces de una magnitud grandiosa. Esa es la historia del pensamiento griego y será la de todo otro pensamiento: una verdad, virtual quizás en los primeros enunciados, enriquecida con la cooperación de mil otros pensadores y concretada en una síntesis genial, un cauce único y definitivo.

Cesan aquí las tentativas de la filosofía griega y de ahora en adelante la veremos, libre de toda incertidumbre y atenta al fin que se propone, sobrepasar los límites más elevados del pensamiento y del discurso corrientes y llegar a regiones insospechadas con el logro de aquella divinidad tan deseada de los antiguos pensadores: la verdad.

Es el momento solemne en que cesando el desarrollo se llega a esa edad de plenitud, la más atractiva quizás de todas las humanas: es la madurez, el otoño, la edad de los frutos; también esta edad llegó para la filosofía griega y las características que en ella presenta atraen irresistiblemente nuestra atención y nuestra afición. Ya han pasado las penosas edades primeras y como recompensa de ese luchar infatigable, de ese avance duro y trabajoso hacia la meta propuesta, llega al coronamiento definitivo, al premio merecido.

Los siglos V y IV que son el período medio y culminante de la cultura griega, vieron vivir a los tres más grandes representantes de esa cultura: Sócrates, Platón y Aristóteles.

En el año 423 Aristófanes, compositor satírico por entonces de moda en Atenas, pone en escena su comedia "Las Nubes" que por cierto obtiene el tercero y último premio en un concurso; figura en ella un individuo muy popular y conocido de todos los habitantes de la capital griega: Sócrates, a quien el autor presentaba como "representativo y realización en una forma concreta de la escuela sofista". (2) Aristófanes contradice con injuria el sentir, tanto de los discípulos de aquel hombre humilde nacido de un picapedrero y una partera, irresistiblemente atractivo por el poder avasallador de sus pasiones, como de los habitantes privados de Atenas que admiraban en aquel sujeto feo y harapiento el desinterés y la libertad de sus expresiones contra la tiranía de los Treinta y los mitos irrisorios de aquella sociedad que amenazaba ruina.

"Nadie será más sabio que Sócrates" profetizó el oráculo de Delfos, y aún reconocemos que aquella vez no se equivocó. Todo el movimiento filosófico posterior tuvo su origen en él y a su genio debemos la concepción grandiosa de Platón. Como cuatro capiteles poderosos sus temas, el alma humana, la ciencia, la virtud y la acción, sostienen la cumbre de su pensamiento, la doctrina de la Inteligencia Universal. Podríamos decir que en este momento y bajo este aspecto de doctrina la inteligencia humana llegó a su región más apartada, si después Aristóteles no hubiera abierto un horizon-

(2) Introducción a "Las Nubes". The Loeb classical library. Oxford, 1924.

Madurez de la Filosofía Griega

te nuevo al enseñar con claridad inigualada los atributos del Acto Puro. No esperó en vano Sócrates verse perpetuado en sus hijos, ya que no se dio en la antigüedad una génesis tan rica como la descendencia intelectual socrática.

Si algo sabemos de la vida y doctrinas de Sócrates, lo debemos principalmente a Platón; éste, con una gratitud verdaderamente filial, no temió introducir de una manera elogiosa en sus diálogos al que, reo de traición al Estado, había sido condenado a beber la cicuta; a través de esas páginas vemos a Sócrates exponer sus enseñanzas, quizás algo desvirtuadas a veces por las del mismo Platón, pero expuestas siempre con precisión, en estilo arrebatado unas veces, con sosiego y tranquilidad otras, como el carácter mismo del maestro.

Este hombre maravilloso en sus doctrinas lo fue también en sus discípulos: entre ellos Platón ha sido siempre colocado en primer lugar, por la luminosidad de su enseñanza, y la perennidad de la escuela que fundó. Oyó las doctrinas de Heráclito por intermedio de Crátilo quien tendría un papel importante en los diálogos platónicos y cuando tenía veinte años empezó la gestación que había de culminar con el nacimiento de un nuevo Platón a la muerte de Sócrates. Su espíritu investigador y curioso lo empujó a tierras extrañas: así pudo admirar la estabilidad del gobierno egipcio y en tierras de la Magna Grecia recibir quizá la iniciación en las liturgias misteriosas de los Pitagóricos en tanto que oía las doctrinas eleáticas de labios de algún discípulo del viejo Zenón. Sus fracasados intentos políticos de Siracusa le hicieron volver sobre sí y, recordando sus tierras áticas las echó de menos y resolvió recuperarlas; fruto de este deseo de estabilidad fue una de sus más grandes obras: la Academia que, fundada en el jardín de Academo, era un santuario de las Musas, cuna de una de las doctrinas tradicionales cuya vasta influencia aún hoy día experimentamos.

La personalidad de Platón se nos presenta con claridad a través de su doctrina: es el filósofo enamorado, pero con una pasión desbordante, de la verdad, y toda su larga vida es una carrera continua, esforzada y desesperada hacia ese ansiado bien; por ella idea doctrina tras doctrina, diálogo tras diálogo, y como consecuencia de esto nos legó uno de los sistemas más bellos: un sistema ideal. El hombre, encarcelado en este mundo y aherrojado dentro de la materia, ve de la verdad apenas una vaga sombra; pero deseando contemplarla en sí misma escala el muro de la prisión y una vez que la ha visto corre feliz a sus compañeros para comunicarles que sobre esta prisión obscura existe un mundo de belleza deslumbrante donde las ideas permanecen eternas e inmutables, influyendo y como dando un leve colorido de su realidad a los objetos de este pobre mundo. Pero para llegar a ese mundo ideal nuestra alma, que es semejante a las ideas y participa de su eternidad, necesita una purificación que no se lleva a cabo sino por medio de la renuncia de los placeres y el alejamiento de los sentidos; pero esto es pa-

HERNAN JIMENEZ ARANGO

trimonio de unos pocos: los filósofos, quienes con su ciencia están destinados a gobernar el mundo por medio del ejercicio de la Sabiduría y el equilibrio de la Justicia. Esta es la virtud principal, y de ella deriva Platón sus enseñanzas de la Amistad y el Estado.

Es por ventura este último tema el más divulgado de los temas platónicos. La concepción ideal del Estado es una consecuencia lógica de su doctrina del conocimiento: El estado, dirigido por los que han intuído la verdad y dividido en tres clases determinadas y fatales, es el complemento obligado de las enseñanzas de la reminiscencia y del alma humana.

Es todo el sistema de una unidad admirable y constituye la síntesis de los conocimientos de uno de los hombres más sabios de la antigüedad y de las doctrinas hasta entonces expuestas por los filósofos de Grecia.

Sin embargo, no podemos dar a Platón el primer puesto en el campo de la síntesis; en un esfuerzo de elevación hacia la expresión más concreta y más verdadera del sentir común, no paró la evolución griega hasta engendrar el talento más vasto, la mente más privilegiada de la cultura antigua: Aristóteles.

Originario de Macedonia e hijo del médico de Filipo, a la muerte de su padre abandonó aquella nación guerrera y marchó a Atenas en donde se inscribió en la Academia; grandes muestras que ser las muestras que dio de su talento cuando Platón se gloriaba de llamarlo "la mente de la escuela". Viajó también como su maestro y solazó su espíritu observador en las tierras del Asia Menor; mucho sirvió a Alejandro tener a Aristóteles por maestro, pero fue mayor el fruto que con tal pupilaje recogió este último; el conocimiento de la aristocracia y el poder servirse de grandes tesoros bibliográficos decidieron muchas de sus doctrinas. Pero desde Grecia lo atraía irresistiblemente Atenas; abandonó, pues, la Macedonia y cerca del templo de Apolo Liceano, allí, en la ciudad de Minerva, estableció su escuela.

Sincero consigo mismo, no estimó ingratitude repudiar las doctrinas del maestro y entonces comenzó la lucha, cuyo éxito aún es indeciso, del Liceo y la Academia: la realidad y el ideal.

Las amplias enseñanzas de Aristóteles son la síntesis genial del pensamiento antiguo; sus observaciones de la naturaleza indican el esfuerzo más perfecto del raciocinio y la inducción; y sus doctrinas del Acto Puro son la parte más alta, el coronamiento más feliz de su sistema; no dudó allí Aristóteles en llevar la especulación metafísica hasta donde termina nuestra debilidad y principia lo que no tiene límites.

Aquí culmina la formación lenta y laboriosa del pensamiento griego; el resultado que nos ha dado ha sido de una grandeza inesperada, porque Aristóteles es la perfección del desarrollo, es el símbolo de la madurez immortalizada en sus hijos y en sus obras; congratúlese Aristóteles porque los hijos de sus hijos han contraído ma-

Madurez de la Filosofía Griega

trimonio con la Fe y sus obras han formado un cuerpo con las de los Padres de la Nueva Ley.

Aristóteles se llevó consigo la gloria de Grecia; una lastimosa decadencia siguió a estos movimientos, pero no la veamos; triste ha de ser envejecer y triste también observarlo sobre todo cuando se ha sido glorioso; y tanto peor se nos aparece la caída cuanto mejor fue el apogeo. No fue una noble ancianidad que cargada de méritos se retirara de los gimnasios y liceos, sino una decrepitud vergonzosa sin nostalgia siquiera de su antigua gloria.

(Especial para UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA)

